

Daniel Tarnopolsky

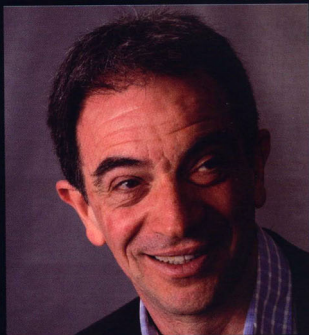
# BETINA SIN APARECER

Historia íntima del caso Tarnopolsky,  
una familia diezmada por la dictadura militar



GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

Librería García Camba



## **Daniel Tarnopolsky**

Nació en Buenos Aires el 26 de diciembre de 1957 en donde residió hasta verse obligado a exiliarse en agosto de 1976. Desde entonces, habitante de varios mundos, vivió entre Israel, Francia y Argentina sucesivamente.

Los cambios de vida y de rumbo lo llevaron a incursionar en variadas actividades profesionales, entre la psicomotricidad y la psicoterapia, la industria química y los emprendimientos inmobiliarios. A lo largo de todos estos años mantuvo una participación activa en diversos organismos de derechos humanos.

Cantante lírico y litúrgico, deportista y ahora escritor, presenta en ésta, su primera obra escrita parte de lo que la historia y su mundo interno lo llevan a confrontar en su devenir cotidiano: el encuentro entre lo material y lo espiritual, lo tangible y lo inmanente. El constante desequilibrio de los afectos y de lo vital enfrentados a la permanente realidad de lo ausente.

[betinasinaparecer@gmail.com](mailto:betinasinaparecer@gmail.com)

## Prólogo de Daniel Goldman

Como nunca, había experimentado en esa oportunidad la fugacidad en el paso del tiempo, y a su vez, de un modo cuasi surrealista, percibí que podía ser el mismo tiempo el que se hacía presente. Lo recuerdo como si fuese hoy. Fue en mi oficina, cuando una tal Elvira, de unos cuarenta y tantos años me relata el drama del secuestro de su marido desaparecido durante la dictadura. Acto seguido rescata de su cartera una foto y me la ofrece. Era la de un chico jovencito, pelilargo y sonriente. La luz del día era testigo de que ella seguía indagando en un amor que se habría congelado y que a esta altura, acorde a ese registro fotográfico, el destinatario parecía más bien un hijo y no un marido. Algo muy parecido me ocurrió hace pocas semanas atrás, tarde de un viernes de cielo plomizo, cuando Dany Tarnopolsky nos convocó en la Costanera al Parque de la Memoria, para recordar y homenajear a su familia desaparecida. Era ese gris el que enmarcaba otro rostro, el de un Dany quien a esta altura resultaba ser unos años mayor que su padre. Y era en el mismo contexto, que la edad de su hijo mayor, ya se aproximaba a la de la rebeldía de su hermano al momento del secuestro. Dany y Elvira quedarían enlazados eternamente en el registro de la saga de las confusiones homologadas que se juegan en la explanada de la memoria. Juego y ecuación irresoluble de los perplejos dramas que penetran por las rendijas del alma, de modo tal y como en esta historia, un padre joven sigue representando un mandato que se afianza en alguna comarca del inconciente, aconsejando a un hijo que hoy lo supera en edad. Un hijo que termina siendo un padre y un hermano que finaliza siendo otro hijo. *Seremos padres de nuestros propios padres, e hijos de nuestros propios hijos*, seguramente dirá el Talmud en algún docto lugar.

Por eso son historias surrealistas, donde la psique supera la razón. Maldito mandato de la memoria, que no deja en paz a los vivos. Bendito mandato de la memoria, que constituye estructuralmente lo poco humano que sigue existiendo en el ser. Son estas experiencias las que me enseñan que algo puede ser maldito y bendito a la vez. Porque es en la trama de la contradicción que se administran ciertas situaciones de la existencia. Y hay que ser claro: se administran y no se solucionan. Administrar significa que van con *uno*, y que ellas acompañan a ese *uno* toda la vida. Solucionar sería olvidarlas. Pero olvidar es incurrir en la traición. Y el costo en la traición del olvido implica deshumanizarse.

Aunque suene cursi, cuando escuchás estas historias con el corazón, ya sos parte de ellas. Es cuando el *uno* se diluye en el colectivo, en el nosotros. Y es justamente en esa trama de la contradicción que quedás entramado. Qué parecidos

que suenan trama y drama. Al entramarte en el drama, te entramás en los exilios, en los lenguajes extraños, en los aprendizajes, en los hábitos, en los nuevos vínculos, en las Madres, en los proyectos truncados, en los que se abren, en los que se cierran, en los Organismos, en los 24 de marzo, en las Abuelas, en los juicios. Y cuando te diste cuenta, de repente descubriste que tu propia vida adquiere otro sentido y otro rumbo. O mejor dicho *un* sentido. Sentido en el *uno*. El de intentar dejar otro mundo a los que sigan, en el que no se repitan atrocidades y desapariciones, holocaustos y genocidios. No siempre nos sale bien, pero vale la pena el intento. Al final, me parece que justamente sólo el intento significa dejar otro mundo. Este intento atraviesa a Elvira, y a Dany. Y esto también a mí me atraviesa. Trama-drama-traviesa. El *Uno*, dice la mística de manera misteriosa y juguetona, es el nombre de Dios. El *Uno* del cual emana la Bendición y la Maldición.

Parafraseando al profeta Jeremías, conocía a Dany antes de conocerlo. Algunos amigos en común me habían contado su historia, y cuando nos vimos por primera vez, me confesó que la música lo habría rescatado. En compañía de esa frase encantadoramente presuntuosa, Dany canta en una sinagoga. Le canta al *Uno*. En términos religiosos, cantarle al *Uno* es recordarnos en el presente nuestra propia finitud, colocando límites a la omnipotencia. La omnipotencia representa a un *otro*. Y la plegaria es la lucha del *Uno* frente al *otro*. De eso se trata la plegaria. Por eso la categoría del rezo es una reivindicación de la memoria.

Concientes de que toda memoria se construye desde un presente hacia un futuro, ella representa un deber militante que nos interpela. La memoria me interpela, me inquiere, me demanda. La tradición judía me enseña que cantarle al *Uno* es una necesidad que me debe incomodar. La memoria hecha plegaria me pregunta qué hago con mi vida y con qué valores me comprometo, qué es lo que me resulta trascendente, qué es lo importante y qué debo dejar de lado. La memoria frena la muerte y afirma la vida. La memoria nos compromete con la existencia, detiene cualquier abuso de poder, otorga espíritu de resistencia y dignifica. En definitiva la memoria nos rescata de la humillación. Era lo que Dany me dijo: la canción lo rescató de la humillación.

Este libro es parte de una cadena de melodías que se conjugan en el misterioso pentagrama del alma.

¡Aleluya a la presunción encantadora, que está viva!

¡Maldita y Bendita la memoria!

Amén.

DANIEL GOLDMAN

Octubre de 2011

## Prólogo de Hugo Urquijo

Primero fue un mail y gracias a los prodigios de la tecnología. Daniel Tarnopolsky entró a mi página web y desde allí logró que me llegara su mensaje en el que me proponía que prologara este libro y me dejaba su número de teléfono. Luego fue su primera llamada: entonces me dijo que había tenido una única entrevista conmigo en 1975 para comenzar un análisis. En algún lugar que ya no era consciente yo sabía de aquel encuentro. Pero no fue eso lo que me mantuvo ligado durante 35 años a la tragedia de su familia ocurrida en el 76. Todos los que queríamos enterarnos, supimos bastante tempranamente en 1976 que la dictadura estaba arrasando con una generación entera de un modo ilegal, monstruoso, abusivo de un poder usurpado y con la complicidad silenciosa de grandes capas de la población. Pero la magnitud del ensañamiento con la familia de Daniel siempre me había dejado anonadado.

La monstruosidad de la desaparición de personas y hasta de familias enteras, como los Tarnopolsky, instauró lo que los genocidas querían: el terror. No el miedo. El terror. El miedo permite todavía mantener alguna lógica con la que el sujeto intenta comprender. El terror, con su absoluta irracionalidad, rompe toda posibilidad de encadenamiento de causa-efecto. Lo que hicieron con García Lorca en España a pocas semanas de iniciado el golpe militar contra la República.

Después de aquella llamada se produjo el primer encuentro con Daniel. Yo sentí que había un misterio. ¿Por qué yo? El hecho de que me pidiera que prologara su libro, ¿tendría acaso que ver con el hecho de que aquella entrevista de 1975 hubiera sido el prólogo de lo que ocurrió al año siguiente? Encuentros posteriores pudieron confirmar esa hipótesis y a la vez desmentirla. La realidad es así de compleja en las relaciones humanas. La hipótesis se confirmaría si él hubiera planteado en aquel momento la militancia de sus hermanos como problemática para él y alguna intervención mía hubiera validado su diferenciación y ciertas formas del resguardo. El enigma acerca de la causa por la que él se salvara de la masacre general necesitaba alguna explicación. Los lectores la tendrán. Pero no parece ser eso lo que ocurrió en él aquel año. El núcleo de su conflictiva estaba más cerca de lo estrictamente individual: desorientaciones, dudas, ambivalencias. Y eso lo apartaba de sus hermanos —para quienes él podía parecer el diferente, el que estaba tomado por cuestiones “individualistas” más que individuales.

La colega que lo había derivado pensó, sin duda, que yo podía ser un terapeuta adecuado para ayudarlo siendo que había podido desarrollar mis dos vocaciones, la de psicoanalista y de director teatral, y hacer de ambas una profesión. Daniel empezaba por entonces a incursionar en el teatro además de estar atravesado por otras inclinaciones artísticas ligadas con la música y el canto. En fin, yo era un psicoanalista que era director de teatro.

En una aproximación primera y superficial, psicoanálisis y teatro no parecen disciplinas que se chocan sino más bien que en alguna parte se juntan. ¿Cómo y de qué modo?

Que la práctica del psicoanálisis es una forma de interrogación sobre sí mismo, un intento de aprehender determinaciones inconscientes para el sujeto, es algo que está en la base misma de su teoría y de una práctica que lleva ya más de un siglo. Una aproximación al conocimiento de sí mismo.

El arte también lo es cuando se lo toma como un instrumento de profundización personal, cuando el creador se juega en la búsqueda de verdades personales, cuando intenta un camino de indagación sobre sí mismo a través de la disciplina artística que transite.

Los fenómenos clínicos y los artísticos son de diferente orden y, si existe entre ellos una intercomunicación, ésta no es unívoca. Ya con Freud el psicoanálisis había salido del terreno de la terapéutica para entrar en el mundo de la cultura. Frente al Moisés de Miguel Ángel advierte que las obras más grandiosas son las que permanecen más oscuras para nuestra comprensión. La obra de arte es una máquina de significar y se la admira pero muchas veces no se sabría decir qué representa para nosotros. Quizás se admiran aquellas obras por eso: porque nos requieren, nos llaman, somos mirados por ellas. “El espectador hace al cuadro”, dice Marcel Duchamp. El actor puede en condiciones determinadas hacer visible lo invisible, postula Peter Brook. El producto final de la obra teatral va a llevar sin duda la marca de las fuerzas encontradas del conflicto dramático. Del mismo modo que las formaciones de compromiso (entre el deseo y la defensa contra él) expresan ese equilibrio entre “mostrar” y “ocultar” que se replicará al final en el efecto sobre el lector o sobre el espectador si alcanza su fin.

¿Qué otra cosa hacen el psicoanalista y su paciente sino intentar la captura de “la otra escena”, la escena del inconsciente?

En el 75 Daniel estudiaba “músico-terapia”: el arte y la cura tocándose las manos. Como me había ocurrido a mí, no podía sustraerse a la Academia viniendo de una familia de universitarios. Pero a la vez, amaba el teatro y la música. De no haber ocurrido el horror del golpe, su gente hubiera seguido con vida, yo no hubiera sentido tan irrespirable el clima en la Argentina como para emigrar y estoy

seguro de que hubiéramos hecho un buen trabajo juntos.

Daniel me deja un original del libro, empiezo a leerlo y vuelvo a correrme el mismo frío que en aquellas noches de marzo y abril del 76 cuando el ascensor se detenía en mi piso. ¡Como si hubiera alguna razón para que me pasara algo! En todo caso, tanta razón —pienso hoy— como para que se llevaran a Hugo o a Blanca (su madre, a quien conocí en el Servicio de Psicopatología donde me formé desde 1967 junto a Mauricio Goldemberg, otra coincidencia).

Y de pronto me encuentro que los capítulos que narran la historia de lo ocurrido alternan con otros, escritos con otro tipo de letra, que pertenecen a otra realidad, claro. Una realidad tan real, en todo caso, como la de los hechos materiales. Una realidad que Daniel va tejiendo imaginariamente, con su mejor veta artística, pero que tiene tanta fuerza como “la otra realidad”, que él va desplegando con gran habilidad también, la de quien reconstruye los hechos de la historia. La realidad tiene una contundencia que muchas veces no deja resquicios para la ambigüedad sólo si suponemos que la percepción es unívoca e infalible y pasible de alguna forma de objetividad. El psicoanálisis ha contribuido en gran medida a destronar ese afán de objetividad y ha sido un gran aporte para sustentar que el observador está atravesado por su subjetividad siempre. Con lo cual la fuerza de lo imaginario que puede mover al mundo se impone siempre sobre la realidad del mundo. Es la fuerza del amor, es la fuerza de la ideología, es la fuerza de las creencias, es la fuerza de la fe y la confianza, es la fuerza de la transferencia.

De ese material está hecho el tejido de estos capítulos “otros”. Poco a poco el rompecabezas de esos capítulos en cursiva va tomando una forma. Y aparecen en la vida de Daniel seres que “ven” lo invisible, más allá de lo perceptible por los ojos humanos. Me imagino que para alguien que, como él, está transcurriendo por lo que le tocó padecer, es impensable sustraerse a esta transmisión que venía a él como llegada de otra parte y que no era ni es abarcable por la razón. Finalmente había vivido una enorme y demoledora pesadilla y lo que le ofrecían era una oportunidad de construir en terreno devastado, de imaginar lo que nadie pudo contarle fehacientemente. Y por otra parte, ¿por qué no creer?

Lo que estas personas “ven” no puede menos que atrapar a la víctima de un descomunal trauma psíquico como el que Daniel padeció. Lo que le transmiten le permite armar una trama, por fin.

El trauma rompe tramas en el aparato psíquico. La literatura, y el arte en general, por el contrario, construyen tramas.

Y así, todo el proceso que él hace con esa realidad “otra” culmina con la forma de un libro: éste que estamos a punto de empezar.

Pienso en lo terapéutico que debe haber resultado esta escritura para Daniel,

pienso en el modo en que le permitió construir una trama literaria y también psíquica.

El impacto brutal que vivió Daniel tuvo, entre tantas consecuencias, algunos cambios de rumbo decisivos una vez que por fin se instaló en París. Pensar en una carrera que garantizara una salida laboral lo llevó a dedicarse a la psicomotricidad aunque mientras tanto, de país en país, siguiera abrazado a su guitarra y a su amor por la música. Y el canto, ese grito sublimado. Eso estaba allí, insistiendo, con la fuerza de una pulsión. Ahora, por fin, después de un largo y trabajoso camino que el lector irá recorriendo de su mano, Daniel está de regreso en Buenos Aires, y sin abandonar su trabajo terapéutico —que quizá más que nunca en su vida canaliza necesidades reparatorias—, más en paz con él mismo y con sus elecciones, puede desplegar su vocación artística que, por supuesto, incluye el teatro. Me llena de admiración por su fortaleza. Alguien como él, que podría haber claudicado en el camino, ha tenido que trabajar consigo mismo muy arduamente para lograrlo.

También me parece de gran coraje y honestidad que Daniel haya tomado la decisión de escribirlo todo. Cuando digo todo, me refiero al crédito que él da a lo que transmiten algunas, sólo algunas, personas con posibilidad de “ver” otras cosas. Y lo hace sin temor a la fácil descalificación de quienes sólo creen en lo que tocan y en lo que ven. ¡Como si el mundo terminara allí! Y el resto fuera pensamiento mágico o campo de la brujería o pasto para los crédulos carentes de rigor científico.

Es desde esta complejidad y esta densidad que va dándole estructura y singularidad a su novela que, si bien está basada en la realidad material que va siendo escrita como un documento ineludible, de pronto dispara hacia un realismo más mágico, de manera tal que la dimensión de lo inasible y de lo espiritual se agiganta, con el transcurrir de un texto en el que la historia reciente no deja de tener un papel decisivo, pero donde también los vínculos familiares y los afectos perdidos adquieren un valor inconmensurable y las ausencias son tangibles siempre.

HUGO URQUIJO  
Marzo de 2011





Quando tenía 18 años, fuerzas militares irrumpieron en su casa y se llevaron a sus padres. Luego, secuestraron a su hermana de 15 años y a su cuñada. Su hermano Sergio estaba haciendo la conscripción en la ESMA y nunca más volvió. En una noche, la del 15 de julio de 1976, Daniel Tarnopolsky perdió a toda su familia y se convirtió en un sobreviviente. Se exilió primero en Chile, después en Israel y en Francia hasta que el regreso de la democracia le ofreció garantías y fuerzas para volver al país. Su búsqueda nunca cesó. Su lucha lo llevó a ganar un juicio sin precedentes en el 2004, por el cual el ex almirante Emilio Massera debió pagarle una indemnización.

Nada de esto le devolvió a su familia. Tardó en encontrar algo de paz. Buscó, como muchos, en la religión un lugar de contención y de alivio; buscó también en videntes y médiums alguna respuesta para poder recrear la historia de aquella noche en la que la violencia lo dejó solo. Necesitaba entender, reconstruir desde las ruinas.

Este libro reproduce todas las búsquedas de Daniel Tarnopolsky: la búsqueda de justicia, la de su propia identidad y la de sus desaparecidos.

*Betina sin aparecer* es la historia de una familia forzada a la ausencia y es también el relato de la reconstrucción de la vida del único sobreviviente de esta tragedia. Y es, sobre todo, un grito de esperanza para comprender dónde está Betina.

Cc: 28003112

ISBN: 978-987-545-299-2



9 789875 452992



GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**